

### ESCENA III

Ana y Pedro

PEDRO. — En cuanto anochece, todo es triste y abrumador en esta casa; como si estos muebles antidiluvianos ensancharan y nos oprimieran, cortándonos la respiración... (Da un puñetazo al aparador). Hace diez y ocho años que la veo aquí. Dicen que la vida todo lo arrastra, que todo se consume con el tiempo; el tiempo y la vida respetan los obstáculos. Aquí está, invariable, inmóvil, como todo lo que nos rodea, como todo lo que nos abruma.

ANA. — Te aburres, Pedro: es malo vivir así.

PEDRO. — ¿Por qué?

ANA. — No vas a ninguna parte... Solo arriba, por las noches, a ver a Elena. Y esto preocupa bastante a los papás. (Un silencio, mientras, Pedro pasea y silba). Yo también estoy fatigada... y aburrida. En la escuela, el ruido y el barullo me consumen; aquí el silencio y el orden. Menos mal desde que tomé Elena el piso de arriba. El agotamiento me irrita... y aún están distantes las vacaciones, muy distantes... Noviembre, Diciembre... (Dan las seis en el reloj).

### ESCENA IV

Los mismos, Basilio

(Basilio, asomándose a la puerta primera de la izquierda).

BASILIO. — ¿Ya estáis de charla Y tú, Pedro, no me habrás copiado lo que te dije...

PEDRO. — Sí, está.

BASILIO. — ¡Gracias a Dios! (Basilio se retira y cierra).

### ESCENA V

Ana y Pedro

ANA. — ¿Te había reído antes?

PEDRO. — Yo ni sé cuando riño. Nunca está satisfecho de nosotros.

### ESCENA VI

Los mismos y Agustina

(Agustina, entrando por la puerta del fondo, se dirige al aparador y dispone la mesa para el té).

AGUSTINA. — Ya llueve otra vez. Hace frío en esta casa. Encendimos la estufa, pero hace frío. Una casa ruinosa... El viento se cuele por todas par-

tes... Y vuestro padre, ¿tiene un humor!... Se queja de los riñones... Es viejo ya... ¡Otra ruina! Los disgustos... el desorden... los gastos... las atenciones constantes...

ANA. — (A Pedro). Anoche, ¿subistes a ver a Elena?

PEDRO. — Sí.

ANA. — ¿Te diviertes arriba?

PEDRO. — Siempre. Tomamos té, cantamos, discutimos...

ANA. — ¿Quién va?

PEDRO. — Gregorio y Felipe.

ANA. — ¿Van todos los días como tú?

PEDRO. — Sí. Todos los días. Gregorio habla con entusiasmo de la evolución, del goce de vivir, de la energía... Me tiene harto con sus ridículos desplantes. Creyéndole, imagináramos la vida en forma de indiano, que de pronto, ¡allá voy! desembarea y nos cubre de beneficios. Felipe sermonea las ventajas de la leche y lo noceivo que resulta el tabaco...

ANA. — Siempre lo mismo.

PEDRO. — Siempre.

ANA. — ¿Te gusta mucho Elena?

PEDRO. — Bastante. Su alegría, su animación...

AGUSTINA. — Es un veleta. Su vida no tiene objeto. Siempre superficial. Visiteos, bailes, tés, azúcar y canciones... Lo mismo siempre. Se lava en un barreño y hace goteras que nos pudren la casa.

PEDRO. — Pero, mamá...

ANA. — (A Pedro). Ya sabes que no podemos hablar cuando ella nos oye.

### ESCENA VII

Los mismos y Catalina

(Catalina entra por la puerta del fondo, llevando en una bandeja un pesado servicio de té que deja sobre la mesa).

CATALINA. — Un día se me caerá. Pasa mucho para mis fuerzas.

AGUSTINA. — ¿Por qué no le dices al sacristán que te lo traiga? Le sobra tiempo y brazos. (Catalina por la puerta del fondo murmurando).

### ESCENA VIII

Los mismos menos Catalina

PEDRO. — Bien. A un bufsped se le piden tales cosas... Pídanle ya que lave la vajilla y encienda el fuego.

AGUSTINA. — Gesticulando mucho,